

## FRUSTRACIÓN Y ANHELOS

Se despertó temprano. Estaba adolorida desde el pelo hasta los dedos de sus pies. El colchón de la cama era el enemigo de su cuerpo. Él dormía a su lado en un sueño profundo. En cada resoplido de su respiración, salía olor a tufo de vino barato y de mezcla de otros tragos. Lo miró con rabia y tristeza a la vez. El amor que sentía por él no era el mismo cuando se casaron una década atrás. Se levantó despacio para no despertarlo. No quería oír su voz ni que le hablara pidiéndole perdón y prometiéndole que nunca más bebería. Un nunca más que jamás llegaba. Siempre era lo mismo, cada viernes llegaba un poco más tarde de lo habitual y con tragos. Ella no le hacía escándalos porque cuando entraba a la casa, muy meloso, la abraza y besaba su pelo. ¡Es una canita al aire, amor!, se justificaba él. Estaba hasta la coronilla de eso. Odiaba el olor a vino porque le recordaba a su padre, un borracho empedernido que dio mala vida a su madre y a ella, su única hija. La cirrosis lo fue consumiendo poco a poco hasta que sus ojos se cerraron para siempre. Tenía pánico que a su esposo le pasara lo mismo. ¡No seas exagerada, hija!, le dijo un día su madre cuando le comentó su temor -Juan Carlos no es como tu padre.

Cogió la desteñida bata de levantarse y calzó las gastadas zapatillas de descanso. En puntillas llegó hasta la puerta del dormitorio la que abrió suavemente para no hacer ruido. Salió de la habitación y cerró con cuidado. Caminó por el pasillo colocándose la prenda y se dirigió a la habitación de sus hijas. Las niñas dormían en sus camas ajenas a todo lo que ocurría dentro de su ser; frustración y anhelos. Un torbellino habitaba en su cabeza. Las observó unos instantes ¡Cuánto las amaba! Dejando semi abierta la puerta de la pieza de sus pequeñas se dirigió al sanitario. Entró y encendió la luz. El espejo del baño reflejó la imagen de una mujer cansada y ojerosa. Su pelo desgredado y la delgadez de su rostro, la hacían verse más mayor para su edad, veintinueve años. ¿Cómo pudo avejentarse tanto? –se preguntó. Es la vida que tengo, se respondió. No es lo que soñaba cuando jovencita, se dijo con lástima mientras dos lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas. En silencio observó a la mujer que le mostraba el espejo. ¡Esa no soy yo!, se dijo con furor. Después de cumplir con su cuerpo y tirar la cadena del silencioso, abrió el grifo, se lavó las manos y la cara. Sin secarse, se quedó contemplando como el agua chorreaba por su rostro.

Sin dejar de mirarse, su mente retrocedió cuando tenía diecisiete años, joven, alegre y bonita. Todo cambió al quedar embarazada de su novio tres años mayor que ella. A sus recién cumplido dieciocho años nació Jazmín y

con Juan Carlos decidieron casarse ¡Nos casamos muy jóvenes!, manifestó con voz queda. Bien me decía mi madre que no me casara, que nos faltaba madurez y que no estábamos preparados para el matrimonio. ¡Si pudiera retroceder el tiempo!, exclamó. Otra sería mi vida y quizás también la de él. Ambos hubiésemos estudiado una carrera profesional. Yo podría haber sido una ingeniera y Juan Carlos, abogado, que eran nuestros sueños. A lo mejor no estaríamos juntos, seríamos profesionales y cada uno viviendo su propia vida. Lanzó un suspiro y su mente quedó en blanco. Un campanazo sintió en su interior, ¿Y tus hijas?, no hubiesen nacido, le grito una voz ¡Oh, no, mis bebitas hermosas! No, no podría estar sin Jazmín y Azucena. Son mis tesoros. Son las bellas flores del jardín de mi alma y de mis pensamientos. Son la luz que me iluminan con sus ojitos cuando me miran, expresó mirando la imagen del espejo al tiempo que evocaba en su mente las caritas de sus pequeñas. Sus ojos claros se elevaron hacia el cielo, ¡Dame fortaleza por mis hijas, Dios mío!, rezó. Ya llegará el día en que pueda realizar mis aspiraciones, comentó para sí. Cogió la toalla colgada en el toallero y secó su rostro. Con los dedos ordenó su abundante cabellera medianamente larga, respiró profundo y, apagando la luz, salió del baño. Se dirigió a la cocina, bebió un vaso de agua y regresó al dormitorio matrimonial. Miró la hora en el reloj despertador. Pronto serían las siete de la mañana. Era sábado y muy temprano para levantarse. Se desprendió de la bata tirándola a los pies de la cama y se acostó al lado de

su esposo dándole la espalda. Mientras intentaba volver a dormirse, sintió que el brazo de él rodeaba su cuerpo y enterraba su rostro entre sus enmarañados cabellos claros. ¡Te amo!, le dijo en susurro. Un estremecimiento recorrió por su espina dorsal al oír esas dos palabras. Con Juan Carlos, habían formado una familia con dos niñas a las que amaban y darían todo por el bienestar de ambas. Por el amor que los unió, cumplirían con la promesa que hicieron ante el altar y seguirían juntos hasta que el destino dispusiera otra cosa.

¡Ya llegará el día de cumplir mis anhelos!, murmuró. Acariciando el brazo que la rodeaba y sintiendo en la nuca la respiración de su marido, poco a poco el sueño la fue invadiendo.